

Maritza Montaña González

XLVI Congreso Asociación Canadiense de Hispanistas

31 de mayo de 2010

El narcotráfico y los hombres de letras en la literatura colombiana del siglo XXI

Los estudios sobre la novelística del narcotráfico en Colombia tienden a asumir las formas de violencia asociadas con esta industria ilegal como hilo conductor del corpus que trabajan. La atención prestada por los críticos a los agentes de la violencia y de la ilegalidad en la era del narcotráfico ha difuminado las interpretaciones, evaluaciones y propuestas de salidas a los conflictos de la realidad que algunas obras transmiten a partir de los personajes que representan a la clase media. Para pensar más allá de la inmediatez de la violencia y atender al cambio de las relaciones sociales que la literatura sobre el narcotráfico registra, esta ponencia propone señalar el papel que los hombres de letras han desempeñado en un breve corpus de novelas publicadas en esta década. *Angosta* (2003) de Héctor Abad Faciolince, *Delirio* (2004) de Laura Restrepo, *Los ejércitos* (2006) de Evelio Rosero y *El cronista y el espejo* (2008) de Óscar Osorio, son novelas protagonizadas por hombres de letras, si bien, en las acepciones más modestas de la expresión: profesores de lengua y de literatura. Estos protagonistas contestan las representaciones de hombres de letras en la narrativa del narcotráfico de los años noventa, a la vez que determinan una evolución de esta novelística hacia una representación más compleja del fenómeno del narcotráfico, de la violencia que comporta y de sus efectos en la sociedad colombiana.

Se presenta aquí una breve noticia sobre estas obras, pero la discusión se concentrará en la novela *Angosta* de Héctor Abad Faciolince.

En *Delirio*, una de las voces narrativas es la de Aguilar, el ‘clasemedioso’ ex profesor universitario de literatura que busca en la historia familiar de su compañera, Agustina, hija de un

terratiente de Bogotá, la cura para su último episodio de delirio. Al conocer el pasado de la familia Londoño, se descubren las relaciones de las fortunas tradicionales con el narcotraficante Pablo Escobar que llevaron a los enfrentamientos entre el gobierno y el cartel de Medellín. Aguilar funge aquí como un investigador que cree que desentrañando las causas del ‘desorden’, éste se resolverá.

En *Los ejércitos*, Ismael, el maestro jubilado que le enseñó a leer al cura y al alcalde y a varias generaciones de habitantes de San José, deambula por el pueblo durante los últimos enfrentamientos entre militares y guerrilleros por el control de esta región sembrada de coca. Es el observador y narrador de la historia del pueblo y el único que permanece esperando la muerte, cuando todos los sobrevivientes, desplazados por la violencia, se han marchado hacia las ciudades más cercanas.

En *El cronista y el espejo*, Óskar Alexis, un profesor universitario de literatura, empieza a escribir una crónica sobre un narcotraficante poeta, la cual espera que se convierta en un best-seller. La investigación le revela que el protagonista de su historia es más bien el jefe de seguridad de un poderoso narcotraficante del norte del Valle y que sus vidas estaban marcadas por un odio heredado: su padre había sido asesinado por el padre de Nebrio, quien fue pájaro en la época de la Violencia. Apoyándose en sus pesquisas, urde el asesinato del paramilitar, convirtiéndose en el autor intelectual y cronista del crimen.

En *Angosta*, Jacobo Lince, un ex periodista, ex editor de una revista cultural, profesor de inglés y librero, vence su propia indiferencia ante los crímenes que se cometen en la ciudad al preparar la publicación del reportaje sobre el asesinato de un sindicalista, cometido por un grupo paramilitar, el cual le costó la vida a un joven poeta amigo suyo, testigo de la ejecución, y al presidente de la fundación de defensa de los derechos humanos que ordenó el reportaje.

Esta novela, como ninguna otra, contesta la representación de los hombres de letras en la narrativa sobre la época del narcotráfico de la década anterior. El personaje de Jacobo Lince se opone completamente a Fernando, el gramático y escritor que se relaciona con dos jóvenes de las comunas de Medellín en *La Virgen de los Sicarios* (1994) de Fernando Vallejo, y a Luis Jaramillo, el profesor universitario de literatura que después de obtener un doctorado en los Estados Unidos, se convierte en lavador de dinero del narcotráfico, en la novela *Cartas Cruzadas* (1995) de Darío Jaramillo Agudelo. Estas dos novelas muestran lo ‘invivable’ que resulta una sociedad donde el narcotráfico ha influido las relaciones sociales, pero el peso que le dan a la representación de la violencia es muy distinto. En *Cartas cruzadas*, no es la violencia, sino la figura del profesor de literatura la que muestra la influencia del narcotráfico en la sociedad. El amigo epistolar de Luis afirma “Hay rapiña de todos por negociar con los contrabandistas de cocaína. Su capacidad para absorber empleos está impregnando la sociedad entera y es difícil encontrar una familia en donde no haya alguien, así sea un pariente colateral, que no esté metido en negocios sucios.” (284) Este letrado se muestra como el caso extremo de contaminación de la sociedad por el narcotráfico. Como la vinculación del profesor de literatura a esta industria ilegal se da en el campo de las finanzas, no tendría mucho sentido abordar la novela por su representación de la violencia, que se reduce casi a situaciones amenazantes. En contraste, en *La Virgen de los Sicarios* el asesinato es el episodio que se reescribe con una frecuencia tal que la obra ha sido calificada de ‘narcotremendista’, (Camacho Delgado) y el número de homicidios justifica que la dimensión de la violencia, antes que la de la movilidad social ligada al narcotráfico, sea la que traiga esta obra a la consideración de la crítica.

Jean Franco en *Decline and Fall of the Lettered City* denomina “costumbrismo de la globalización” al conjunto de crónicas urbanas, artículos periodísticos y relatos latinoamericanos,

posteriores a la guerra fría, que giran en torno a la vida y muerte de delincuentes. Este costumbrismo, afirma, es el reflejo del horror de las clases medias ante el colapso de su mundo cultural, o bien, el reflejo de la devastación de la modernización. (222) Al tratar *La Virgen de los Sicarios* de Fernando Vallejo, considera dos cosas importantes. Primera, el impacto que tiene en la audiencia *externa* la violencia que representa el sicario, juzgada como ininteligible porque desafía la urgencia de la autopreservación y de la postergación de la muerte, y porque el origen latino de la voz ‘sicario’ evoca un residuo de mentalidad premoderna (223). Segunda, la búsqueda del narrador por el reconocimiento del lector forastero civilizado ante sus actitudes frente a la violencia. Sobre este punto Franco se pregunta si este ‘letrado’ está forzando a los lectores, letrados como él, a enfrentar su ‘fascista interior’ o si espera su complicidad.

La Virgen de los sicarios es la obra sobre la época del narcotráfico más influyente de los años noventa por la unión de estas dos figuras, la del sicario y la del letrado, en una relación compleja, polémica, que despierta posiciones ambivalentes frente a cada uno de estos personajes. La atención que recibió el sicario en la literatura encubrió aspectos más importantes de las redes de poder al servicio de las cuales estaba y casi invisibilizó las causas que incidieron en la popularización del ‘oficio’. Por su parte, la representación del letrado significó prácticamente la desmitificación de un héroe. (Camacho 228) Fernando, el gramático, de intelectual sólo tenía la autoría de crímenes por los que no se sentía responsable, como señala María Fernanda Lander (Intellectual’s), quien hace hincapié en el hecho de que aunque el narrador se autorrepresente como la memoria y conciencia del país, no es una mediación efectiva entre distintos sectores sociales (Voz impenitente 291-2). En efecto, Fernando enfatiza la separación entre dos sectores de la sociedad (cuando no de la humanidad) proponiendo una identidad con el lector en contra del ‘otro’ que representa, no el sicario, sino el habitante de las comunas. Advierte: “Ha de saber

usted y si no lo sabe vaya tomando nota, que cristiano común y corriente como usted o yo no puede subir a esos barrios sin la escolta de un batallón: lo “bajan”. (Vallejo 31) Para aumentar la separación, desde una supuesta superioridad moral culpa de la violencia de Medellín a los campesinos que fundaron las comunas: “gentecita humilde, dice, que traía del campo sus costumbres, como rezar el rosario, beber aguardiente, robarle al vecino y matarse por chichiguas con el prójimo en peleas a machete.” (29) La propuesta del narrador es que los violentos son los otros, los que usan las armas concretas, materiales. Con acusaciones de este tipo intenta desviar la atención sobre su participación en la violencia que practican sus amantes, pero su recuento de los asesinatos lo señalan como autor intelectual. Fernando, en últimas, no es un letrado intachable, immaculado.

Angosta se opone a estas dos representaciones de los agentes de la violencia. El sicario ya no es más ni víctima ni victimario, el letrado no es autor intelectual de crímenes, sino el portavoz de las víctimas. Héctor Abad Faciolince no le concede ningún protagonismo a los sicarios. En el episodio de la muerte de un personaje, que recuerda el asesinato del doctor Héctor Abad Gómez, padre del autor, es necesario inferir a los sicarios: “Todos los periódicos traían, a ocho columnas, la noticia del asesinato del doctor Gonzalo Burgos... ocurrido la tarde anterior... Le habían dado siete balazos, a quemarropa, en el tórax y en el cráneo. En una gran foto de *El Herald* se veían su esposa, su hija, su yerno, al lado del cuerpo ensangrentado y cubierto a medias por una sábana blanca”. (368)

En cuanto al letrado, Jacobo Lince, es necesario decir que no está solo, sino rodeado de una corte de colegas: librereros, escritores, poetas, en su mayoría residentes de la parte de la ciudad donde habita la clase media. El contacto más cercano que tiene con el narcotráfico se limita a compartir una amante con un mafioso y su experiencia de la violencia es como víctima del

narcotraficante y del grupo de miembros del gobierno que ordenaban las ejecuciones de los ciudadanos que resultaban molestos: sindicalistas, intelectuales, sospechosos de simpatizar con la insurgencia, etc.

La historia de *Angosta*, aunque se desarrolla en una ficticia capital de Colombia en un futuro no muy lejano, reconstruye una época particular: la segunda mitad de los años ochenta en Colombia, un periodo llamado por Daniel Pécaut ‘la guerra sucia’, caracterizado por la proliferación de violencias: la llamada ‘limpieza social’, la lucha contra la subversión, la eliminación de los partidos de izquierda y de las organizaciones sociales, etc. Pécaut anota en su crónica “¿Más allá de un punto de imposible retorno?” que los atentados y amenazas se dirigían tanto a los militantes de la extrema izquierda como a personalidades y sectores que denunciaban la violencia o que pedían el respeto a los derechos humanos y las libertades políticas. Las listas de objetivos incluían abogados, médicos, profesores, artistas y periodistas. (349-50)

Estos profesionales tienen en común el pronunciamiento público contra la violencia entendida como negación de la dignidad humana, claramente a favor de los que no están en condición de pronunciarse. Al asumir el rol de representantes de ciertas reivindicaciones se convierten en víctimas de la represión, de la violencia, por lo que su decisión reviste valentía y vulnerabilidad. Estas son características que los asimilan a la noción de intelectual trazada por Edward Said en *Representations of the Intellectual*: un individuo con la capacidad de representar, encarnar, articular un mensaje, una perspectiva, una actitud, filosofía u opinión para y por un público; y que cumple su rol bajo unos principios universales, a saber: que todos los seres humanos tienen el derecho de esperar de los poderes concretos o naciones niveles decentes de comportamiento en cuanto a la libertad y la justicia, y que cualquier violación inadvertida o deliberada de esos niveles debe ser declarada públicamente y se debe combatir enérgicamente

(12). En *Angosta* hay varios personajes que cumplen este papel: profesores universitarios que lideran marchas pacíficas, periodistas que denuncian la violencia de los distintos grupos en conflicto, profesionales que trabajan en una fundación para la defensa de los derechos humanos y las libertades civiles y que denuncian la violencia que ejerce el Estado siguiendo las estrategias aprendidas de los narcotraficantes. El personaje de Jacobo Lince también se alinea en este grupo al trabajar en la publicación del reportaje sobre el asesinato de un sindicalista y como todos los que se pronuncian en contra de las desigualdades y de las violencias, se convierte en víctima también. Lo que es importante notar es que este personaje intenta funcionar como un mediador efectivo entre los distintos sectores sociales. Él tiene el privilegio de poder transitar por las tres regiones de la muerte que es Angosta. Tiene una amante en cada sector de la ciudad y busca integrar cada sector a través de ellas: a su amante de la Tierra Caliente, que es la zona marginal, el infierno, le consigue un trabajo en la Tierra Fría, y a su amante de Paradíso le ofrece el gusto de la Tierra Templada, donde él, en contra de su conveniencia, decide vivir. El único defecto que se le podría atribuir a Jacobo, juzgándolo desde la moral católica que rige en Angosta, es la promiscuidad, pero ese es el atributo que lo integra con todas las partes de Angosta. Jacobo no está ligado a ‘empresarios emergentes’ ni a ningún tipo de persona por fuera de la legalidad por parentesco, no tiene antecedentes de ninguna especie, no tiene mancha, y éste es el hecho que muestra hasta qué punto con este personaje se ha tratado de limpiar la imagen del letrado. Jacobo es, simplemente, el intelectual héroe, el intelectual idealizado.

Al explorar el atentado real hacia la intelectualidad colombiana, *Angosta* pone a los profesionales de clase media como víctimas, pero no de los sicarios, que son simplemente los ejecutores de una orden que proviene de un nivel más elevado. Basándose en las declaraciones de Carlos Castaño, un reconocido portavoz paramilitar, Héctor Abad Faciolince recrea la red de

poder detrás de la guerra sucia y revela algunos de los mecanismos de acción de los paramilitares, precisamente todo lo que la atención al sicario ayudó a mantener oculto durante los noventa¹. En la Colombia de *Angosta* impera la tácita aceptación o el reconocimiento de las prácticas violentas del narcotráfico, retratadas en las actividades de los paramilitares, las cuales vienen a alimentar una tradición de violencia política y social. Este reconocimiento es precisamente el cambio social señalado por la novela, que efectivamente corresponde con la experiencia de la Colombia histórica.

El espectro de manifestaciones de la violencia que se representa en *Angosta* es mucho más amplio que el asesinato, hay episodios de violencia intrafamiliar, violencia contra la mujer, violencia de retaliación, violencia callejera, anómica, y más importante que la del narcotráfico y del sicariato, resulta la violencia contra la sociedad por parte del gobierno y de los paramilitares. Ésta última lejos de parecer una conducta ininteligible es una muestra de la racionalidad moderna orientada a fines, mezclada con trazas de una mentalidad premoderna que desconoce la igualdad de los seres humanos, la dignidad humana. Aunque la novela no esté protagonizada por delincuentes, sino por sus víctimas, no cabe duda de que como los relatos que Jean Fanco reúne bajo la categoría “costumbrismo de la globalización”, *Angosta* también refleja la devastación de una modernización entendida a medias.

Con el personaje de Jacobo Lince y su séquito de bohemios, poetas y escritores, que se oponen a la violencia del país, creada por las profundas desigualdades sociales, se construye la imagen de un letrado que se conecta con los distintos sectores de la sociedad, que realiza gestiones efectivas a favor de aquellos que no tienen voz y que al hacerlo enfrenta el poder corrupto, desvirtuado, que es antes que nada una amenaza para la sociedad. Este letrado más que un hombre de letras es un intelectual que se conecta, además, con el lector, convirtiéndose así en

un representante efectivo de las reivindicaciones sociales que la novela propone². Es, además, una figura necesaria, porque, como se ha dicho, fue a través del ataque sistemático a la intelectualidad que se empezó a descubrir el entramado de poder y violencia, que empantana toda posibilidad de resolver los conflictos en el país, porque se ha convertido precisamente en la manera de enfrentar los problemas: en un modo de funcionamiento de la sociedad. Jacobo Lince y su constelación de amigos de la Tierra Templada le abieron posibilidades a la narrativa del narcotráfico, no sólo explorando estas redes ocultas de poder, sino demostrando que es posible narrar estas realidades sin abusar de los estereotipos de la ilegalidad y de la violencia.

Ahora, ante la variada colección de hombres de letras que aparecen en la narrativa sobre la época en la cual el narcotráfico ha determinado las relaciones sociales en Colombia, cabe preguntarse si estos personajes están en camino de convertirse en un estereotipo más. El asunto es complejo y por ahora sólo es apropiado señalar como punto de contacto entre las distintas obras, que la participación del letrado está al servicio de descubrir áreas más amplias de los efectos de la existencia del narcotráfico en la economía nacional y en la sociedad colombiana: la vinculación de las viejas y nuevas fortunas y la resistencia de las últimas a compartir el poder y, sobre todo, las intervenciones militares de distintos sectores por el control territorial de las áreas destinadas al cultivo y tráfico de drogas ilegales. La participación del letrado, me parece, ha intentado buscarle la racionalidad a la violencia producto de esta industria ilegal, asociándola con las instituciones, con organizaciones legales e ilegales. La literatura sobre este fenómeno no lo cubre en su totalidad y surge ahora la expectativa por las representaciones literarias de una nueva década sobre la historia de Colombia en la era del narcotráfico. ¿Qué personajes dominarán las representaciones del fenómeno en la literatura colombiana?

BIBLIOGRAFÍA

- Abad Faciolince, Héctor. *Angosta*. 2003. Bogotá: Planeta Colombiana, 2007.
- Camacho Delgado, José Manuel. “El narcotremendismo literario de Fernando Vallejo. La religión de la violencia en *La Virgen de los sicarios*”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. 32.63-64 (2006): 227-48. JASTOR. PDF file.
- Franco, Jean. *Decline and Fall of the Lettered City. Latin America in the Cold War*. Cambridge: Harvard University Press, 2002.
- Jaramillo Agudelo, Darío. *Cartas cruzadas*. 1995. México, D.F.: Ediciones Era, 1999.
- Lander, María Fernanda. “La voz impenitente de la “sicaresca” colombiana”. *Revista Iberoamericana*, LXXIII. 218-219 (2007): 287-99.
- . “The Intellectual’s Criminal Discourse in *Our Lady of the Assassins* by Fernando Vallejo”. *Discourse*, 25.3 (2003): 76-89. Project MUSE. PDF file.
- Osorio Correa, Óscar. *El cronista y el espejo*. Cáceres (España): Instituto Cultural El Brocense, Diputación de Cáceres, 2008.
- Restrepo, Laura. *Delirio*. Bogotá: Alfaguara, 2004.
- Rosero, Evelio. *Los ejércitos*. Barcelona: Tusquets, 2007.
- Said, Edward. *Representations of the Intellectual*. 1994. New York: Vintage, 1996.
- Vallejo, Fernando. *La Virgen de los Sicarios*. 1994. Santafé de Bogotá: Alfaguara, 2002.

¹ Sobre las declaraciones de Castaño, ver Abad Faciolince, H. *El olvido que seremos*. Bogotá: Planeta, 2007, p.268.

² El tipo de narración que entrega el personaje de Jacobo Lince al lector es una de las marcas que diferencia a estas dos novelas. En oposición al narrador homo-intradiegético de *La virgen de los sicarios*, en *Angosta* hay distintas voces narrativas y un amplio uso del melodrama. Un narrador hetero-extradiegético anónimo y el diario de Andrés Zuleta, lo presentan como un intelectual informal, amable, el tipo de letrado con quien cualquiera se sentiría cómodo. Sin embargo, lo que genera la empatía entre el personaje y el lector (letrado) es todo el entramado intertextual que sostiene la obra. Es sencillo para el lector encontrarse descubriendo los autores y textos que la novela evoca: que en la representación de los siete sabios y sus reuniones se insinúa la novela de Chesterton, *El hombre que fue jueves*, o que tal y cual episodios se basan en *Don Quijote* o *El nombre de la rosa*, o que tales versos recuerdan unos de Borges, de Emilio Pacheco, etc. En fin, ese mapa de tesoros literarios que es la novela es una golosina difícil de resistir.